



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12777

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 14 DE JUNIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

De mano maestra

Sin echarse de orador, ni intentar siquiera, pinto ayer, en el mitin de la maestranza, el obrero Daniel Andreu, un cuadro terrorífico que emocionó al público. Verdad es que hablaba para convencidos; y como éstos oían el relato de lo que pasa en sus hogares y de lo que en los mismos se teme, no podía extrañar que les impresionara fuertemente aquella pintura de un pueblo condenado al hambre por falta de trabajo.

¿Será posible que no pueda evitarse el mal que amenaza a la maestranza? ¿Llegará un día en que desaparezca del arsenal la maestra obrera? ¿Sancionarán las Cortes con voto favorable la obra del ministro de Marina como la sancionó el consejo de ministros? De que la sancione á que la niegue no va más que una sílaba. Menos que un movimiento de cabeza.

En contra de los proyectos de Ferrandiz está el voto de Cartagena toda. Desde el alcalde hasta el más modesto ciudadano de este municipio, están interesados en que no produzca el hecho grave que amenaza la maestranza; pero en tanto que la amenaza exista en el presupuesto presentado á las Cortes y el interés de la ciudad no se exteriorice con actos de verdadera resonancia que lleven á la corte el eco del común sentir de los cartageneros, subsistirá el temor; y á medida que el tiempo transcurra sin modificación satisfactoria en sus propositos, ira tomando cuerpo.

Este temor debe ser acicate que impulse a trabajar sustrayendo el espíritu á su mala influencia; pero en tanto no lo hagamos así, no habrá esperanza de eludirlo, ni podremos en lo íntimo del alma satisfacer el deber cumplido.

¡Pero si no es solo deber de humanidad lo que nos estimula a destruir la amenaza que se cierne sobre los trabajadores del establecimiento naval! ¡Si hasta el egoísmo nos aconseja hacerlo así!

¿Han pensado los dueños de casas lo que suponen para sus intereses mil familias que de pronto quedan insolventes por carecer de fondos para pagar los alquileres? Pues los caseros deben ayudar a la maestranza para que aquello no acontezca.

¿Han reflexionado los que venden el pan y la carne y demás comestibles, la lesión enorme que sufrirá el negocio el día que no puedan pagar lo que consumen las mil familias que representa la maestranza? Pues desde el tendero de ultramarinos hasta el industrial que vende el carbón de puerta en puerta vienen obligados á prestarle ayuda, a sumarse con ella.

¿Han hecho los señores comerciantes la cuenta de lo que disminuirá la entrada mensual en los cajones de sus tiendas, si por obra y gracia del general Ferrandiz se merma el presupuesto del hogar en varios cientos de miles de pesetas cada mes? Pues el comercio tiene ligado su interés al interés de los obreros, y habra de ayudarles en su salvación para salvarse él mismo.

¿Se da cuenta el alcalde de la importancia del problema que va a plantearse si se aprueba el presupuesto de Marina sin modificar eso de la supresión de los servicios industriales en el arsenal de Cartagena? ¿Ha pensado en el clamor insistente de miles de personas hambrientas? ¿Qué sería para él la hora destinada a dar audiencia al público? Una serie sin fin de visitas en demanda de trabajo ó de pan, de nanda justa, porque ¿qué cosa mas natural que ir a pedir socorro don te se supone que hay alguna obligación de prestarlo? Y como esto no podría ser, a menos

de afrontar el desastre del ayuntamiento, éste, con su alcalde a la cabeza, vienen obligados a sumarse con los trabajadores, los caseros, el comercio, la industria, todo, desde lo más humilde á lo más grande de lo que representa la vida de Cartagena, para pedirle á los poderes públicos que no se condene a esta ciudad á una vida de miseria y peligros cerrando el arsenal.

De este desastre, si por desgracia se realiza, no han de librarse los obreros de la industria privada. Ellos seran los mas perjudicados, por que el escaso trabajo que hoy tienen se lo disputarán los obreros del establecimiento del Estado, que á eso y mucho mas se verán estos obligados en la batalla por la vida.

Esto que decimos no nos pertenece. Con distintas palabras lo dijo ayer en el mitin del Circo un trabajador: Daniel Andreu. Pero conviene repetirlo para que no se olvide, para que se convenzan todos que el golpe que amenaza a la maestranza no lo sufrirá sola. Lo sufrirá la población y hay que evitarlo por deber y por egoísmo.

TUJERETAZOS

Leemos: «El duque de Almodóvar ha contestado al Sr. Silvea en una larga carta.

Uno de nuestros redactores ha pedido copia de la carta al señor Duque; pero éste, alegando motivos especialísimos, se ha negado á facilitarla.

La carta, según nuestras noticias, es un documento muy lato, lleno de lugares comunes y que no contiene nada de interés.

El documento, á juzgar por lo que de él se decía en el Congreso, hará reír no poco á los diplomáticos europeos.»

Ha hecho bien el duque en negarse á publicar la carta.

Para latas estamos.

Como si no tuviéramos bastante con la verborrea de nuestros políticos y el pa-

pel desairado que hemos hecho en el acuerdo franco inglés marroquí.

En Cuba se ha celebrado recientemente una fiesta hispano americana.

Y en ella, unos cuantos cabecillas de aquellos que nos combatieron á tiros en el monte durante la guerra, pronunciaron discursos, que, al decir de un periódico, fueron otros tantos himnos de amor á la raza, al idioma, á las virtudes de nuestros ascendientes comunes, á España en fin, madre y tutora de la civilización americana.»

¿Dónde han hecho los cubanos ese descubrimiento?

Cuando llamaron á los yanquis en su ayuda la odiaban de todo corazón y la abofeteaban sin respeto alguno.

Ahora sucede todo lo contrario.

Más vale así.

Nunca es tarde para entonar el yo pequé, tanto más si se confiesa en público.

Dice un colega: «Los alcaldes de Rosas y Figueras han renunciado las grandes cruces con que les obsequió S. M. el Rey.» Dos moscas blancas.

Dicen de Barcelona: «El mitin que había organizado para mañana en Badalona una asociación infantil republicana, que allí existe, ha sido prohibido por el gobernador.»

¿Por qué contrariar á esos chicos? Palabra de honor: hay muchos que hacer y discurren mejor que los hombres.

Dice un colega de la capital del Principado:

«Ayer, en el expreso, salió para Hellín y Madrid el presidente de la juventud democrática D. Miguel Luciano Farga.»

Eso es lo mismo que al otro periódico anunciara:

«Ha salido para París y Pacheco D. Fulano de Tal.»

ENSEÑANZA AGRÍCOLA EN LOS CUARTELES

Una de las medidas más modestas en apariencia, de mayor eficacia para el despertar de la riqueza agrícola en Italia, fué la dictada por el ministro de Instrucción pública Bacelli, hará cosa de cinco años, es-

tableciendo las conferencias agrarias en los cuarteles durante las épocas en que el soldado hace, casi en absoluto, la vida de familia y poligra, para su cuerpo y moral, de guarnición.

La reforma formaba parte de un vasto plan de la que gráficamente llaman los italianos «política di lavoro», tendiendo á elevar gradualmente la producción del suelo italiano por el crédito, la asociación y la instrucción.

«Cuando yo realice la unidad italiana—decía Cavour,—concentraré mi actividad hacia el desarrollo de la agricultura, única que puede dar al país la riqueza y la prosperidad verdaderas.»

Esa idea, que Cavour no pudo realizar, es la que con fortuna están ejecutando sus continuadores desde el Gobierno, con éxito hasta ahora indudable.

Los economistas y sociólogos italianos venían preocupándose por la ignorancia del agricultor de cuanto significa métodos científicos y procedimientos de cultivo y elaboración, y además, por la creciente emigración del campesino á las grandes urbes, en busca de vida menos miserable y penosa de la que llevaba en las campiñas.

Todo lo cual daba por resultado dos hechos por igual graves: la decadencia del principal nervio de vida de la península y la congestión obrera de las ciudades populosas, con su secuela de huelgas, crisis y trastornos.

Instruyendo y educando al campesino, la agricultura en general entra por caminos de prosperidad salvadora y el labriego vuelve al rincón de su aldea sin refugiarse en las ciudades, porque allí, junto con sus afectos, encuentra bienestar y porvenir modestos, creados por su esfuerzo inteligente, gracias á lo que aprendió en el cuartel y en las granjas agrícolas, adonde le llevaron durante su permanencia en filas.

El primer año de la implantación de la reforma, durante los meses del invierno 1898-99, 9.000 soldados y cabos de 18 guarniciones siguieron las conferencias de agricultura.

En años sucesivos la proporción ha sido mayor, alcanzándose visibles resultados. La protección oficial y el convencimiento de las clases directoras de la sociedad y del cuerpo de oficiales, han sido gran cosa para el éxito.

Se ha estimulado sagazmente la afición á las conferencias y al estudio elemental de la agricultura: desde los Príncipes de la Casa de Saboya, en las grandes unidades qu-

oara costa comprado: más le había dejado á su hija y esta adopción paternal le creaba nuevos deberes.

Así es, que no son para dichos los cuidados, la solicitud, el amor que el venerable anciano prodigaba á su Eugenia, ni la ternura maternal con que había velado por ella, ni las esquisitas precauciones con que iba levantando el alojar de su felicidad.

Había consentido en que el casamiento de Gustavo y de Eugenia fuese el complemento, el remate de su obra, por más que en el fondo de su alma sus simpatías estuviesen por Jorge; más la querida niña había oído hablar á su corazón, y Mr. D'Arny sabía muy bien qué clase de tormentos son los del amor verdadero contrariado, para que se atreviese á imponer su voluntad á la querida niña.

Gustavo además, ¿no era tan bueno y tan valiente como Jorge? El partido, es decir, las circunstancias de ambos, ¿no eran iguales?...

Pues bien, he aquí que este proyecto tan halagüeño se malogró en un instante, y que esta ilusión se desvanecía cuando se le creía ya casi realizada.

Era demasiado esto para sus ya gastadas fuerzas, y el dolor mudo de Eugenia, aquella imagen viva de Cecilia acabó la obra de muerte.

Nadie puede figurarse las virtudes de aquella noble

existencia, casi ignorada de todos, si se exceptúan los habitantes de un exiguo lugareillo y algunos amigos.

Nadie hubiera podido computar el número de las miserias que Mr. D'Arny había socorrido, de los dolores que había mitigado, de las aficciones á que había prestado consuelo.

Así es que el día de su muerte fué para todos día de luto y desconuelo verdaderos, y todos acompañaron su féretro con lamentaciones y alabanzas tanto más espresivas, cuanto más desinteresadas.

Aquella multitud horosa que bendecía entre sollozos la memoria de un bien hechor, era el testimonio más solemne de las virtudes de Mr. D'Arny y la magistral sencillez de este dolor estaba lejos de las horas suntuosas que acompañan con su impotente orgullo las ceremonias fúnebres de las ciudades populosas.

En vez de los discursos estudiados que se pronuncian sobre la tumba de las celebridades, y de las liorjas falaces con que la costumbre gratifica á los difuntos, el cura de Pouilly dijo á la atribulada muchedumbre en el momento que el césped del cementerio acababa de enmascarar la sepultura del venerable anciano tan sentido por sus convecinos:

hemos perdido ya bastante, acaso, que tengamos todavía que lamentar otras desgracias?

—Os ofrezco, mamá, pedir mi licencia en cuanto la paz se haga: pero hoy estamos en guerra; acaso empiece la época de los desastres y de la adversidad, y me avergonzaría de mí mismo, si me pasara siquiera por la imaginación retroceder ante un concurso tal de circunstancias.

—Teneis razón, Jorge; decís muy bien, mi querido hermano, dijo Eugenia con voz dulcísima, aunque débil todavía, hacéis muy bien en anteponer vuestro deber á todas las consideraciones del mundo. Si os ocurriese alguna desgracia antes de la paz; me consentiré dos veces vinda, y me refugiare á un convento á esperar la hora de ir á reunirme á vosotros... Hacéis bien..

—Sí, hijo mío, y yo estoy contento de ti, mi generoso y valiente hijo, exclamó Juan Castelnau entrando bruscamente.

—¿Cómo padre, estaba usted ahí?

—Sí, hijo... Iba á entrar cuando oí lo que exigía tu madre, y me he detenido para oír tu respuesta... En este momento acabas de recompensarme todos mis disgustos y aficciones.